

averiguar el por qué de todas las cosas , aun de aquellas cuya naturaleza íntima está cubierta á sus ojos con un tupidísimo velo , el hombre cumple con su destino en el mundo. Dios le ha negado la gracia de sus respuestas , pero Dios mismo es el que le anima en sus laboriosas investigaciones ; sin duda , porque el resultado de todas ha de ser el sentimiento de su humildad y la confesion de su ignorancia.

En mi carta próxima , que para no arredrar á mis lectores , será la última que consagre á este asunto , procuraré investigar el por qué de ese fenómeno , que espanta á la imaginacion y abruma al entendimiento. Téngase , sin embargo , entendido desde ahora , que mi ánimo al entrar en tan peligroso terreno , no es otro sino el de presentar sobre este temeroso enigma algunas humildes y modestas conjeturas , que retracto con anticipacion y desde luego , si no estuviesen conformes de todo punto con lo que nos manda creer nuestra santa religion , á los ojos de los hombres más entendidos en sus dogmas. No seré yo el que me revele contra la única autoridad que respeto y acato en este mundo , desde que filosofando , como quien divierte sus ocios y entretiene sus pesares , he aprendido á tener en poco á todos los filósofos y á todas las filosofías.

---

Paris , 10 de setiembre.

El dia en que el hombre , rebelándose contra su Criador , comió la fruta vedada , nació el *pecado* , que es el *mal* , obra exclusiva del hombre.

Dios pudo borrar el *mal* por medio de la *condenacion* ; y ese era el objeto de su *justicia*. Pero quiso borrarle por medio de la *enmienda* ; este fué el consejo de su *misericordia*.

La *enmienda* es la *expiacion* ; la *expiacion* debe recaer sobre el pecador ; el pecador era , á un mismo tiempo , un hombre y el padre comun de los hombres ; la *expiacion* debia recaer sobre el individuo y sobre la especie , sobre el hombre y sobre el género humano.

El individuo debia expiar su pecado , sujetándose á los males físicos , es decir , á las *dolencias* ; á los males morales , es decir , á sus *pasiones* ; á la destruccion , en fin ; es decir , á la *muerte*.

Las *dolencias* , las *pasiones* y la *muerte* son á un mismo tiempo obra del hombre y obra de Dios ; del hombre , porque no existirían sin el pecado , que es su obra ; de Dios , porque no existirían tampoco , si no hubieran prevalecido los consejos de su *misericordia* sobre los consejos de su *justicia*.

Siendo á un mismo tiempo obra del hombre y obra de Dios ,



son á un tiempo mismo un *bien* y un *mal*. Son un mal, porque abren la puerta á todos los *dolores*; son un bien, porque abren la puerta á todas las *esperanzas*. Son un mal, porque son una *pena*; y un bien, porque son una *expiacion*; son un mal, en fin, porque *atormentan*; son un bien, porque *rehabilitan*.

El Cristianismo es maravilloso en todas sus cosas; pero en nada es más maravilloso que en sus explicaciones. Con una sola palabra ilumina al entendimiento, para que vea claro en los designios de la Providencia, en la trabazon y concierto de las cosas, y en los misterios del hombre.

Su explicacion es siempre tan trascendental, que confunde á los filósofos; y tan sencilla, que los niños la comprenden: tan abstracta y tan levantada sobre las cosas de la tierra, bajo un punto de vista, que parece ideada por Dios para ejercitar el entendimiento de los espíritus puros; tan llana, y hasta tan vulgar, bajo otro punto de vista, que parece ideada por el comun de las gentes.

De esta manera iguala Dios á todos los hombres, cuando los pone delante de sí, haciendo tan sábia á la inocencia como al orgullo, á la ignorancia como á la sabiduría.

Compárense las explicaciones del Cristianismo con las de los filósofos; y para no ir más lejos, compárense sus explicaciones sobre el asunto que nos ocupa, y no acabaremos nunca de maravillarnos al ver la distancia que hay entre unas y otras, aun considerados bajo su aspecto filosófico solamente.

Los estóicos, no pudiendo explicar el mal físico, le niegan. Los epicúreos, no pudiendo aceptarle, le condenan como un mal sin mezcla alguna de bien: es decir, que los últimos toman como una razon los consejos del egoismo; y los primeros los consejos del orgullo: y el egoismo y el orgullo se llamaron filosofía, antes de que la verdadera filosofía hubiese venido al mundo con la religion verdadera.

Lo que distingue soberanamente al Cristianismo, es aquella vasta comprension de la naturaleza complexa de las cosas y de los varios elementos que las constituyen, con la cual únicamente puede darse sobre ellas una explicacion completa y satisfactoria, al

revés de las vanas opiniones de los filósofos, con las cuales nada se explica satisfactoriamente; como quiera que los filósofos nunca alcanzan á ver en los fenómenos físicos ó morales sino alguno ó algunos de los elementos que los constituyen; de donde viene á resultar, que las opiniones filosóficas tienen tanto de error como de verdad, no siendo por lo comun sino verdades incompletas.

Si el ejemplo que acabo de traer, no fuera prueba bastante de cuanto afirmo en estos renglones, citaría otro, más señalado en la opinion de los antiguos filósofos, sobre la naturaleza del hombre. Todas sus teorías sobre este punto pueden reducirse á dos: la de aquellos que consideraban al hombre como una criatura tan vil, que no era digno de la vigilante providencia del Criador; y la de aquellos que le estimaban en tanto y le tenían por tan excelente, que hacian de él á manera de un Dios, que se adora á sí mismo en su propio santuario; vino el Cristianismo, y reuniendo estos fragmentos de verdades, si me es permitido hablar así, para componer la verdad, dijo al hombre; que era la primera de las criaturas por la alteza de su origen, y la última por la bajeza de su pecado. Díjole, que era á manera de un ángel; pero para que no tuviera orgullo, añadió que era un ángel caído: díjole que como un vil criminal habia sido desheredado del Cielo; y para que no se abismara en su propia humillacion, le añadió que, para remontarse á él, le dejaba las alas de la esperanza.

Véase allí el hombre de la filosofía: véase aquí el hombre del Cristianismo. ¡Cosa singular! las soluciones que dá el Cristianismo á todos los problemas, son á un mismo tiempo las más *acceptables* en la teórica, y las más *convenientes* en la práctica. El hombre de la filosofía es un hombre mutilado; el del Cristianismo, completo.

Pero dejando á un lado estas consideraciones, que me llevarían muy lejos de mi propósito, vuelvo á anudar el hilo cortado de mi discurso. Hemos visto la expiacion reservada al individuo: veamos ahora la reservada al género humano.

La ley de la expiacion, así para el individuo como para la especie, está encerrada en esta fórmula, sencilla á un mismo tiempo y sublime: *ganarás el pan con el sudor de tu frente*.



Esta fórmula, aplicada al individuo, quiere decir: *reconquistarás la mansion perdida, sujetándote á las prisiones, á las dolencias y á la muerte.*

Aplicada al género humano, quiere decir: *te civilizarás, es decir, te perfeccionarás por medio de la guerra.*

Con efecto, desde que el individuo y la especie se inficionaron con la culpa del padre comun de todos los hombres, la expiacion es la ley del universo: es la condicion esencial de la perfeccion humana.

En la humanidad hay dos maneras de perfeccion análogas y diferentes: la perfeccion del *individuo*, y la perfeccion de las *sociedades*. Luego, hay dos especies de expiaciones; porque sino hubiera dos, habria una perfeccion, que no sería el resultado de la expiacion: habria una perfeccion, que estaría fuera del alcance del primitivo anatema, *quod absurdum*.

Si hay una expiacion para las sociedades como para el hombre, esa expiacion está simbolizada por la guerra necesariamente; y lo está, porque la guerra, tomada en su sentido más general y más lato, en su sentido más filosófico, es para la sociedad, lo que para los individuos las dolencias y las pasiones.

Hay guerra cuando las naciones vienen á las manos, y cuando se estragan interiormente con parcialidades y discordias; pero no hay guerra entonces solamente, sino que la hay tambien siempre que la sociedad entra en *lucha* con un obstáculo que se opone á su perfeccion; siempre que necesita *vencer* para cumplir su destino.

Siendo esto así, la sociedad está en un estado permanente de guerra; porque no hay un solo punto en el espacio, ni un solo instante en el tiempo, en que la sociedad no combata contra los obstáculos que siempre tiene delante. Su perfeccion no es incesante, sino porque su expiacion es continua. Suprimid el obstáculo, la resistencia, la lucha, la guerra en fin; habreis suprimido la expiacion, y con ella todas las civilizaciones: la vida se retirará del universo; el universo será el sepulcro del hombre y el del género humano.

Síguese de aquí, que los que piden la civilizacion sin la guerra, piden el efecto sin su causa; piden un absurdo; no saben lo que piden.

Pero se responderá: puesto que la guerra no consiste solamente en una lucha de nacion á nacion, los que se oponen á esa especie de lucha, no se oponen á las demas; y por consiguiente, no puede decirse de ellos, que se oponen á la *guerra*, sino á una *especie* de guerra; no puede decirse de ellos, que aspiran impiamente á emanciparse de la ley de la expiacion, elevada por Dios mismo á ley del universo. Puesto que la guerra es necesaria, no se rebelarán contra ella; pero quisieran que la guerra (es decir, la lucha, el combate, porque esto significa en su sentido más lato) estuviera sujeta tambien á las trasformaciones que sufren todas las cosas: quisieran que se civilizara cuando el mundo se civiliza, que se perfeccionara cuando el mundo se perfecciona: quisieran, en una palabra, que al encuentro de los ejércitos en los campos sucediera el encuentro de los partidos, ó por mejor decir, de las ideas en la prensa y en la tribuna; que el combate de los espíritus sucediese al combate de los brazos: ya que no pueden ahorrar la *lucha*, quisieran ahorrar la *sangre*. Puesto que la lucha es lo que constituye la guerra, y la guerra lo que constituye la expiacion, con una lucha sin sangre la ley de la expiacion sería cumplida.

No; no sería cumplida entonces la ley de la expiacion, sino otra más inexorable, más dura; se cumpliría la ley de la condenacion, ley que Dios quiso ahorrar al mundo, cuando prevalecieron sobre los consejos de su justicia los consejos de su misericordia. ¡Incomprensible ceguedad! Los hombres, en su profunda ignorancia, rechazan la ley de la misericordia, y llaman sobre sí la ley de la justicia; rechazan como pesada *la ley de la tierra*, y piden como dulce y suave *la ley del infierno*. ¡Desventurados los hombres, si Dios oyendo sus plegarias, les concediera lo que piden!

Dos rebeldías hubo despues de la creacion; la de los ángeles y la del hombre: á estas dos rebeldías se siguieron dos sentencias: Dios condenó al hombre rebelde á la expiacion, y á los ángeles rebeldes á la muerte del espíritu.

Dios apartó de sí á los ángeles caidos por toda una eternidad, y al hombre rebelde por un espacio de tiempo; entregó á los ángeles á la desesperacion, y dejó al hombre el consuelo de



la esperanza. El hombre habitó la tierra; los ángeles el infierno.

Y sin embargo, esos dos mundos estuvieron sujetos á una misma ley, á la ley de la guerra; pero entre la guerra del infierno y la guerra del mundo que habitamos, hay la diferencia siguiente: La guerra, en este mundo, se reduce por lo comun *al combate de los brazos*: en el infierno, es siempre *un combate de los espíritus*. La guerra, en este mundo, es por lo comun *sangrienta*: en la del infierno, no hay *sangre*.

Si esto es así, síguese de ello, como consecuencia forzosa, que los que quieren trasformar la guerra de los *brazos* en guerra de los *espíritus*, la ley de la *sangre* en una ley *incruenta*, quieren trocar, por la ley que *condena*, la ley que *redime*; la ley de la *expiacion* por la ley de la *muerte*; la ley de la *misericordia* por la ley de la *justicia*; la ley de la *tierra* por la ley del *infierno*.

Los pueblos antiguos, ya porque estaban más cerca que nosotros del origen del mundo, y por consiguiente, de la ciencia revelada, ya por otra causa que no es dado al hombre descubrir, tuvieron una percepcion, más clara que el tropel de nuestros filósofos, de la *virtud expiatoria*, y por consiguiente, *benéfica* de la sangre. Esa percepcion sirve para explicar los sacrificios usados entre todas las gentes y naciones.

Mis argumentos dictados, por la razon, están maravillosamente confirmados por la historia. Cuando un pueblo manifiesta ese *horror civilizador* por la sangre, luego al punto recibe el castigo de su culpa: Dios muda su sexo: le despoja del signo público de la virilidad: le convierte en pueblo *hembra*, y le envia conquistadores, para que le quiten la honra. Ejemplo vivo de esta verdad es la China, ese pueblo envilecido, á quien pone pavor la idea del movimiento y de la sangre: hoy es lo que ha sido siempre, fábula y escarnio de las naciones. Otro ejemplo no menos insigne nos ofrecen los pueblos asiáticos, dados al santo horror de la guerra, y á la pasion de los certámenes sutiles del ingenio, es decir, á la *guerra de los espíritus*: en aquellas vastas regiones, los hombres vejetan; la civilizacion perece; el sol de la humanidad se apaga; la vida se extingue. Cuando Mahometo II entró en Constantinopla, habia

guerra en la ciudad; pero era guerra de los *espíritus*: los espíritus del bajo imperio contendian sobre si la luz del Tabor era creada ó increada. Cuando Sócrates, bebiendo la cicuta, dejó á Atenas entregada á las disputas interminables de sus bellos ingenios, es decir, de sus sofistas, el reloj de los tiempos sonaba la última hora de la ciudad de Minerva.

Por fortuna, la ley de la guerra y de la sangre no desaparecerá del mundo; porque es obra de Dios, y solo desaparecen las obras de los hombres: pero si pudiera desaparecer, si Dios pudiera poner un oido favorable á nuestras insensatas plegarias, entonces los hombres y los espíritus infernales serian todos unos: la tierra desaparecería, y no habria más que Cielo é infierno; y entre los dos, los abismos.